

Cuidado también va en masculino

Por Dainerys Mesa Padrón



Ricardo asumió la mayor parte del cuidado de su padre y su madre, no hubo quien, en los alrededores, se callara una opinión.

Todo el mundo tenía que hablar. Pero más que eso, tenían (como quien obedece a una fuerza sobrenatural) que sentenciar, cuestionar y criticar. Primero la emprendieron contra las hermanas, luego contra él.

Y entre vueltas y más vueltas alrededor de los patrones machistas (de los cuales a veces las mujeres son fieles portadoras), las personas perdieron el punto de interés de la historia.

Para ellas, lo importante no era el bienestar de la familia, el cuidado de la ancianidad o mantener los ingresos económicos, que tanta falta hacen en situaciones como esa. No, los giros de la trama siempre coincidían en el mismo conflicto: por qué las mujeres de la familia no dejaban sus trabajos para cuidar de su padre y su madre, y debía el hermano afrontar dicha labor.

A nadie se le ocurrió analizar que el horario de trabajo del hombre era nocturno, cada dos días, y que, evidentemente, había un consenso grupal en torno a la dinámica de la atención a los adultos mayores del hogar.

Los argumentos, vacíos, pero con sólidas bases en la cultura patriarcal de la cual participamos, se regodeaban en la experticia femenina para lidiar con estos eventos. "Los hombres no saben lavar; no cocinan bien; ni siquiera se asoman a la sombra de ese nido de ternura indispensable en estos contextos".

Y puede que sí, que algunos hombres no sepan qué hacer ante tal panorama; no obstante, nadie nace sabiendo; ¡ni las mujeres! Comprometerse con naturalidad con estos retos debe materializar las mismas renunciaciones y sacrificios tanto para las unas, como para los otros.

Mientras muchas de las vecinas de Ricardo discutían su papel como cuidador, a ninguna se le ocurrió debatir el porqué siempre ellas, madres y abuelas, se quedan en casa cuando se enferman los hijos e hijas, incluso cuando padecen otros integrantes del núcleo.

Contextos más difíciles, más machistas

Como al alcance de la mano, como medida inherente a los comportamientos de los seres humanos, son las mujeres quienes se ocupan, preocupan..., y piden una licencia laboral en caso de enfermedad ajena. Esto, sin lugar a dudas, repercute después en los salarios de las trabajadoras, en su representatividad en esferas decisivas y las escalas de poder, y en su desarrollo profesional.

Sucede, y ha pasado durante muchos años, que el tema del cuidado, en cualquiera de sus variantes, lleva como una conjugación femenina a su lado: cuidadora.

En estos momentos, en los que el fenómeno aflora como Talón de Aquiles en la sociedad cubana, dicha etiqueta vulnera, con mayor énfasis, a las mujeres, que luego de pasar los períodos más intensos de la maternidad, deben afrontar la vigilia de progenitores, tíos, suegros...

En estas condiciones desfavorables, media la responsabilidad gubernamental antes dichos asuntos.

Los establecimientos estatales dedicados a la atención de la infancia colapsan debido a una sentida ausencia de personal educativo. Por su parte, el sector privado florece en este sentido y, junto con el crecimiento de los círculos infantiles por cuenta propia, crecen los precios; precios que no todas las familias pueden pagar.

Entonces, ante la solicitud de guardería no solucionada, son las madres (o algunas abuelas) las que abandonan sus empleos "fuera de la casa", para atender a sus retoños hasta la edad escolar.

La situación, a todas luces, pinta un panorama difícil que se complica, aún más, cuando en vez de un menor, se refiere a la custodia de una persona anciana.

Si los centros para velar por la vejez no se corresponden con la población nacional que demanda tales atenciones, la mayoría de ellos tampoco posee las características precisas para un funcionamiento idóneo.

Además, desde el sector no estatal se registran bastante pocos emprendimientos para tales fines. La modalidad a la que más acuden (en su mayoría mujeres de la tercera edad) es la de cuidar a la persona en su propia residencia, generalmente en jornadas diurnas o alternando los horarios de día y de noche. Y esta forma, créanme, tampoco es rentable para la mayoría de quienes tienen en casa a un ser dependiente. El envejecimiento demográfico que vive Cuba en estos momentos impone retos y replanteos en los temas del cuidado, ya es sabido. Pero un aparte habría que hacer, desde una mirada centrada e inclusiva, desde distintos enfoques, para sacar a las mujeres del centro de esos arquetipos que las disminuyen en conceptos mucho más ricos. Porque, evidentemente, cuidar también puede ir en masculino.

Disponible en: <http://mujeres.redsemlac-cuba.net/historias-cotidianas/item/215-cuidado-tambi%C3%A9n-masculino.html>